

PONGAMOS QUE HABLO DE MATRIX

Vaya por delante que este es un artículo que no quiero escribir, y no quiero hacerlo porque nunca me he parado a pensar en cómo las políticas autonómicas han influido en la creación dramática, ni tengo muchas ganas de hacerlo; además, todo lo que tiene que ver con ese abstruso entramado administrativo referido al teatro me produce urticaria anímica, lo cual me hace perder la serenidad y siempre termino enmarañado en un exabrupto impropio, o sea, cagándola.

Ernesto Caballero

Sin embargo, aquí estoy metido en faena porque me lo pide Fermín Cabal, y a Fermín uno no puede negarle nada, y menos yo, que le debo tantos favores, tantos que si se le antojara podría obligarme a pergeñar un comentario crítico del BOE con notas a pie de página; y en fin, ya puestos, también porque me lo pide la AAT, una amable asociación de la que formo parte y que a veces me reconviene cariñosamente por mi indolencia y falta de compromiso corporativo.

Así pues, fiado tan solo de lo que llevo observado en esta apasionante carrera de obstáculos que, gozosa y libremente he elegido, me pongo al asunto a sabiendas de las muchas regañinas que he de recibir tanto por lo que diga como por lo que deje de decir. Ahí tenemos, por ejemplo, las que han cosechado mis comentarios acerca del ominoso dispendio municipal madrileño con motivo de las conmemoraciones del Dos de Mayo: una inesperada tempestad de reprimendas y descalificaciones de muy diversa procedencia: desde las que me obsequió el máximo dirigente de la agraciada empresa adjudicataria de tan memorable evento, hasta las recibidas por parte de algunos airados directores rebeldes de teatros oficiales; y todo porque se me ocurrió denunciar el papanatismo de los políticos madrileños y su falta de consideración para con los creadores de su ciudad. Pues bien, supongo que por esta tremolina



se me ha encomendado este articulo de marras. Esto me pasa por hablar.

Lo primero que procede es presentar el espacio escénico: la España de las Autonomías, que en materia teatral ha optado por una estatalización que nada tiene que envidiar a la de la extinta Unión Soviética. Yo no sé cómo se lo hacían allí, pero supongo que todos daban por sentado que existía eso precisamente: Unión, a pesar del carácter diferencial de cada república. Presumo, pues, que el Soviet Supremo nunca permitiría que cada ayuntamiento hiciera de su capa un sayo al desplegar a su antojo políticas de vía estrecha incapaces de mirar más allá del idílico campanario de su iglesia, o de su dacha, o de lo que fuera. Porque eso es lo que tenemos aquí en materia cultural (y mucho me temo que en muchas otras cosas): cada municipio es un pequeño Estado, con su peculiar política teatral, cuando la tiene. Por eso resulta

Una colmena de burócratas conexos se ha reproducido en todas y cada una de las cincuenta mil realidades nacionales que tenemos en España como los secuaces esos de *Matrix*.

tan difícil hincarle el diente al asunto, y lo único que se puede hacer es constatar la inoperancia y el fracaso de todo este sistema fragmentario, inculto y disgregador. Se ha consolidado un babélico reino de taifas sobre la piel de toro y ya no se puede hacer nada más que conformarse con que, al menos en deporte, estamos cosechando muchos éxitos. Nada se puede hacer, insisto, ni leyes, ni planes, ni comisiones, ni nada... Porque solo en una cosa parecen coincidir los diferentes responsables culturales de las diferentes instancias oficiales, y es en la avidez con que todos se han dado al control del arte y la cultura. Los políticos han decidido intervenir tal y como ese vago colectivo autoproclamado «de intelectuales y artistas» les venía reclamando desde la Transición política, y ahí nos hemos hecho un haraquiri de tomo y lomo; aunque el tal colectivo parece tan contento.

Una colmena de burócratas conexos se ha reproducido en todas y cada una de las cincuenta mil realidades nacionales que tenemos en España como los secuaces esos de *Matrix* que se multiplicaban en un pispás ante cualquier amenaza de su mundo virtual. Y en este panorama, tan propio del universo poético de nuestro colega Vaclav Havel, sobreviven los autores como obcecados robinsones en la isla de su escritorio y con ellos, coexistiendo en un universo paralelo, toda una legión de funcionarios-gestores-asesores culturales que, salvo contadas y honrosísimas excepciones que todos conocemos, permanecen lerdamente ajenos a todo este bullebulle creador.

En cualquier caso, en este sistema en el que los políticos (con sus correspondientes directores de escena por vía interpuesta) son los máximos empresarios de la actividad teatral se han ido perfilando dos modelos muy diferenciados de gestión cultural: un proteccionismo regionalista a ultranza que, excepcionalmente, tiene a bien invitar a alguna compañía extranjera del resto de España a sus flamantes teatros institucionales. Este es el caso de Cataluña, donde, sin embargo, dado que aún queda algún que otro teatro privado, pueden gozar de cierta presencia compañías foráneas, fundamentalmente madrileñas, que acuden a la Ciudad Condal a arriesgarse en el siempre inquietante juego de la taquilla. Por tanto, una política institucional, ya digo, de proteccionismo nacionalista puro y duro

que, por razones políticas, más que culturales, ha llevado a cabo una intensa labor de cuidado y desarrollo de la dramaturgia autóctona, aun a costa de medidas que deben provocar el sonrojo incluso a los más recalcitrantes defensores de las esencias payesas, como esa disposición de la Generalitat que impide subvencionar las obra escritas en castellano, incluso las de los propios autores catalanes. Y no sigo hablando del caso catalán porque es un asunto proclive a despertar inusitadas susceptibilidades que te pueden asignar el carpetovetónico papel de centralista reaccionario, esto es, *enemic del poble*, y ahí ya sí que no estrenas en Catalunya ni encomendándote a «la Moreneta». Así que... *prou*.

En cambio, en ese otro territorio histórico de nuestra plurinacional realidad nacional llamado Madrid sucede todo lo contrario: se descuidan las trayectorias autóctonas mientras se fomenta la variedad de exhibición en una constante y variada programación en los teatros oficiales de espectáculos provenientes de todas partes de la galaxia. Y, sin embargo, a pesar de la desatención, en unas condiciones de crecimiento y desarrollo menos propicias que las de aquellos desiertos de Arizona o Almería que veíamos en las «pelis» del Oeste, en Madrid aún persevera un nutrido grupo de creadores. Este caudal no encuentra su cauce ni en los teatros privados (para la empresa privada, hasta que alguno de estos autores demuestre un éxito sin paliativos en un teatro comercial nunca podrá ser programado en un teatro comercial), ni en los teatros oficiales, exquisitos templos de la creación donde se configura, entre otras muchas cosas, el canon estético e ideológico del teatro más chic. Todas estas instituciones están dirigidas por eminentes directores de escena de la misma franja generacional y muy buenos compadres entre sí que no ocultan su predilección por el gran teatro de repertorio en detrimento de la dramaturgia contemporánea, a la que atienden ocasionalmente, con condescendiente paternalismo, por un imperativo implícito en el cargo (algunos) y poco más. El mensaje, o si se quiere, el canon se va estableciendo de forma sinuosa pero eficaz: no hay autores, si acaso autorcillos emergentes a los que hay que ir poco a poco asistiendo para cumplir el expediente mientras esperamos que un buen día nos surja

algún Koltés, por poner un ejemplo. (Sobra decir que no alientan la necesidad de que surja ningún Chereaux, pues se consideran, al menos, al mismo nivel que este brillante director de escena).

Madrid tiene bien delimitadas tres barriadas de producción y exhibición teatral: la más humilde es conocida como la alternativa (que es donde habitan la mayoría de los dramaturgos españoles vivos), la de clase media corresponde al teatro comercial y, finalmente, la de las élites más pudientes y refinadas se corresponde con los teatros del Estado. Por lo que respecta al primero, sigue siendo el espacio natural de la creación escénica actual. Las dificultades de estas salas, si bien son notables (ahí tenemos los recientes casos de Ítaca y El Canto de la Cabra), quedan por debajo de las que sufren las compañías allí invitadas, pues apenas lograrán mantenerse con la exigua recaudación de taquilla y cifrarán su futuro en los posibles bolos que puedan proporcionarles los programadores-contratadores que se interesen por su trabajo y que, por más que se estire la cuenta, apenas serán más de veinte.

En el marco comercial la cosa cambia, aunque también sufre la rigurosa competencia de los teatros oficiales. Tampoco es un espacio muy propicio para el autor vivo, si bien existen algunos casos que incluso han llegado a ser éxitos rotundos. Sin embargo, por regla general, a nuestro empresariado le es ajeno ese concepto tan consustancial a su actividad llamado riesgo.

En cuanto a los teatros institucionales, y como una nota de excepción a lo expuesto, es obligado hacer mención a la insólita programación de numerosos autores vivos en el Centro Dramático Nacional estas dos últimas temporadas. A pesar de que la mayoría de ellos son destinados al espacio de las salas pequeñas del *off* ministerial, constituye un apreciable intento de promoción y difusión de la dramaturgia actual. Sin embargo, a las antedichas circunstancias de arbitrariedad y cerrazón en las políticas autonómicas, se añade el delirante convenio suscrito por el Ministerio de Cultura con el colectivo de técnicos que impide, dados los altos costos que ello supone, zarpas a la mayor parte de estos navíos construidos en los astilleros del Estado.

Con todo y con eso, una variopinta flota de pateras sigue echándose a la mar, a pesar de las marejadas y las marejadillas; y este crepuscular cuadro marino me hace entonar esta melancólica canción: ¿qué ha pasado con aquella izquierda tan comprometida con la educación, el arte y la cultura? ¿Por qué ha devenido en una vulgar nueva rica del acontecimiento artístico? ¿Por qué hace gala de esa mezcla de esnobismo guay y mesianismo de ortodoxia progre incapaz de aceptar las iniciativas que surgen de la sociedad civil? ¿Y la derecha? ¿Dónde ha quedado su liberalismo? ¿Por qué se ha limitado a emular acomplejada la conducta de su adversario político sin desprenderse de ese recelo cerval hacia todo lo que se mueve en el sospechoso mundo de los bohemios y los titiriteros? Y es que, en fin, duele decirlo, nuestra clase política no es más que el reflejo (en algunos casos bastante deformado) de nuestra propia sociedad, una sociedad que no respeta al artista, que lo admira, lo envidia, lo desprecia, lo teme, lo ignora o lo tolera... pero que no es capaz de hacerlo suyo.

Por tanto, querido Fermín, amigos de la AAT, lectores de **Las Puertas del Drama** (digo yo que alguno habrá que no sea de la AAT), lamento decepcionaros si no soy capaz de proponer nada que contribuya a considerar la posibilidad de un cambio de los rigurosos vientos que soplan; puede que sea un derrotista, un apocalíptico o un indolente (ya os lo advertí), pero, visto el patio, la conclusión que extraigo es que hemos cosechado lo que sembró esa actitud pasiva y providencialista con que los artistas (también los dramaturgos) seguimos esperando que se acuerden de nosotros en el mayorazgo de la Corte, eludiendo la responsabilidad de defender algo más que nuestro pequeño y legítimo interés particular. Me habías pedido posibles soluciones, y a esto, repito, a estas alturas no se las veo por ningún lado, entre otras cosas porque estos asuntos tienen el mismo calado social que el coleccionismo de lepidópteros. Lo único que me atrevo a decir, queridos compañeros, es que os acordéis de aquellos andrajosos de *Matrix* empeñados en aguarle la fiesta a ese mundo tan pulcro y previsible que las máquinas habían creado y donde, como en la célebre república platónica, sobraban los dramaturgos.

Neo, Trinity, Morfeo..., no dejéis de escribir. ■



Arriba y en página 15, escenas de *Hamelin*, de Juan Mayorga. Dirigida por Andrés Lima. Estreno: 12 de mayo de 2005 en la Sala José Luis Alonso del Teatro de La Abadía de Madrid.